

sin tantas pruebas de cariño como me dan los que me rodean.

Precisamente Gasparina, con su aire humilde de pariente pobre, convertida en criada, le llevaba el café. La ayudó á incorporarse, le puso almohadas por detrás y la sirvió el desayuno, en una tabla cubierta con una servilleta. Y Rosa, con su chambra bordada en medio de las sábanas con embozos de encaje, comió con buen apetito. Aparecía muy fresca, rejuvenecida y guapa, con su cutis blanco y sus cabellos rubios rizados.

—¡Oh! el estómago lo tengo bueno, dijo; no es apetito lo que me falta, añadió, mojando la tostada en el café.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, y Gasparina la riñó cariñosamente.

—Si lloras voy á llamar á Aquiles, dijo. ¿No estás contenta? ¿No vives aquí como una reina?

Cuando Mad. Campardon acabó de desayunarse y quedó á solas con Octavio, estaba ya consolada. Por coquetería volvió á hablar de la muerte; pero con la dulce alegría de una mujer perezosa, que pasa entre sábanas las primeras horas de la mañana. De todos modos, también ella se iría al otro barrio cuando le llegase la vez; pero todos tenían razón, no era desgraciada, porque la

ahorraban los rudos trabajos de la existencia. Y se embriagaba en su egoísmo de ídolo sin sexo.

Después, al levantarse el joven para irse:

—Venga V. á verme con más frecuencia, dijo, y diviértase V. No se entristezca V. en el entierro. Todos los días hay muertos, es necesario acostumbrarse.

En el mismo piso llamó, en casa de madame Juzeur, y Luisa salió á abrir. Le condujo al salón, le miró un instante con aire de idiota y acabó diciéndole, que su ama estaba concluyendo de vestirse. Mad. Juzeur no tardó en presentarse, vestida de negro y con el rostro más afable que de costumbre.

—Estaba segura de que vendría V. hoy, le dijo, con cierta displicencia. Toda la noche he estado soñando... le veía á V... imposible dormir, ya V. comprende, con un muerto en la casa.

Y confesó que se había levantado tres veces, para mirar debajo de la cama.

—Por qué no me llamó V., contestó Octavio con fatuidad. Cuando están dos en un mismo lecho, se va el miedo.

—¡Calle V., picarón! le dijo, tomando una expresión de vergüenza encantadora, y poniéndole la mano abierta sobre la boca.

Como era natural tuvo que besársela. En-

tonces abrió más los dedos y se rió, como si la hicieran cosquillas.

Pero él, excitado por aquel juego, trató de llevar las cosas más lejos. La cogió y la estrechaba fuertemente, sin que ella hiciera el menor movimiento para separarse, diciéndola al oído:

—Vamos, á ver, ¿por qué no quiere V.?

—¡Oh! en todo caso, hoy no.

—¿Por qué?

—Con ese muerto abajo... no, no, me sería imposible.

Octavio la estrechaba con mayor efusión, y ella se abandonaba á él.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Mañana?

—Nunca.

—Es V. libre, sin embargo. Su marido se ha portado tan mal, que no le debe V. ninguna consideración... ¿Tiene V., acaso, miedo de quedar en estado interesante?

—No, los médicos me han asegurado que eso no puede suceder.

—Pues, entonces, si no hay una razón, sería demasiado tonto privarse...

El joven trató de forzarla, pero se le escapó de entre las manos; y después, cogiéndole ella en sus brazos é impidiéndole que se moviera, añadió con voz cariñosa:

—Todo lo que V. quiera, menos eso...

¿Lo oye V.? ¡Eso nunca, nunca! Mejor querría morir. Es un capricho... he jurado ante Dios... en fin, V. no necesita saber. Es V. tan brutal como los demás hombres, á quienes nada les satisface si se les niega algo. Todo, todo lo que V. quiera, menos eso, amor mío.

Se entregaba, le permitía las caricias más libres y secretas; no rechazándole con un movimiento de brusco vigor nervioso, más que cuando intentaba el solo acto prohibido. En su obstinación había algo parecido á una reserva jesuítica, algo, así como miedo del confesonario, la certitud de obtener el perdón de los pecados veniales, mientras que el pecado gordo podría proporcionarla algunos disgustos con su director espiritual. Después experimentaba otros sentimientos inexplicables, el honor y la estimación de sí misma, la coquetería de tener siempre sujetos á los hombres, no satisfaciendo jamás del todo sus deseos, un sabio goce personal de hacerse comer á besos por todas partes, sin sufrir la desilusión del desaliento final. Esto la gustaba más y se obstinaba: ningún hombre podía vanagloriarse de haberla poseído, después del cobarde abandono de su marido. Y aseguraba que era una mujer honrada.

—No, señor, ni uno solo, añadía: puedo andar por la calle con la cabeza erguida. ¡Cuántas desdichadas en mi situación se habrían abandonado!

Separándole con suavidad, se levantó del canapé, y le dijo:

—Déjeme V..., me aflige demasiado la desgracia de abajo... Parece que toda la casa toma parte en el duelo.

Además, la hora del entierro se acercaba y Mad. Juzeur quería ir á la iglesia antes de que se llevasen el cadáver, para no ver los preparativos fúnebres en la casa. Al despedirle recordó que le había hablado del licor famoso, y haciéndole entrar de nuevo, trajo ella misma la botella y dos copas. Era una crema muy azucarada, con perfume de flores. Ella era muy golosa, se habría alimentado sólo con azúcar y pasteles á la vainilla ó á la rosa.

—Esto nos sostendrá, dijo bebiendo.

Se despidieron, y en la antesala ella cerró los ojos cuando él la besó en la boca. Sus labios azucarados se deshacían como el caramelo.

Iban á dar las once. El cadáver no había podido aún ser bajado al portal para la exposición, porque los operarios de las Pompas fúnebres, después de haber perdido al-

gún tiempo en una taberna próxima, no acababan de colocar las negras colgaduras. Octavio bajó á ver lo que pasaba por curiosidad. Las paredes y el techo estaban ya colgadas, pero faltaban los paños que debían cubrir la puerta. En la acera las criadas charlaban formando un animado grupo, mientras que Hipólito de riguroso luto y dándose tono, activaba los trabajos.

—Si, señora, decía Lisa á una mujer muy seca, una viuda que se hallaba al servicio de Valeria desde hacía una semana; de nada le ha servido... Todo el barrio sabe esa historia. Para asegurar su parte en la herencia del viejo, se hizo fabricar el chico que tiene, por un carnicero de la calle de Santa Ana... y no es extraño, porque su marido parecía estar entonces como ahora con un pié en la sepultura. Pero el marido vive, y el viejo las ha liado. Se ha lucido ella con el sucio chiquillo, sin necesitarlo para nada.

La viuda encogiéndose de hombros y llena de asco:

—Bien empleado le está, dijo: cometió una bajeza y la paga. Lo que es yo no pienso estar mucho en su casa. Esta mañana mismo la he anunciado que me voy. ¡Querrá V. creer, que el monstruo del chico se hizo ayer la porquería en medio de la cocina!

Lisa vió á Julia que bajaba á dar una orden á Hipólito, y corrió á su encuentro. Después de algunos minutos de conversación, volvió al lado de la criada de Valeria.

—Ni el diablo entiende lo que pasa, le dijo... ¡vaya un enredo! Yo creo que su ama de V. podía haberse ahorrado el trabajo de empollar al chico, y hasta lo mismo sería que hubiera reventado su marido antes que el viejo. Todavía andan buscando el gato del difunto. ¡La cocinera dice que tienen unas caras...! en fin, caras de gentes que antes de que llegue la noche se darán de cachetes.

Adela llegaba, con cuatro suses de manteca de vaca debajo del delantal. Mad. Joserand le tenía muy encargado que no enseñase jamás las compras que hacía. Pero Lisa quiso ver lo que llevaba, y al verlo la puso de estúpida que no había por donde cogerla. ¿Era cosa de bajar á la calle por cuatro suses de manteca? En su lugar, ella habría obligado á los avaros de sus amos á alimentarla bien, ó sino ella se habría tomado la justicia por su mano, comiéndose la manteca, el azúcar, la carne. Todas las criadas impulsaban á Adela con sus consejos á la rebelión: Se pervertía por momentos. Cogiendo un poco de manteca se la co-

mió en el acto sin pan ni nada, para echárselas de valiente delante de sus compañeras.

—¿Subimos? preguntó.

—No, dijo la viuda, quiero ver cómo le bajan.

—Yo también, añadió Lisa, dicen que pesa diez arrobas. Si le dejasen caer en la escalera, bonito estropicio se armaría.

—Pues yo me voy que no quiero verle, dijo Adela.

Para volver á soñar con él como en la noche pasada, que me parecía que me tiraba de los piés, diciéndome atrocidades á causa de las basuras que echo al patio. No... no, me voy.

Y se fué seguida de las bromas de las otras criadas. Toda la noche en el piso de los cuartos de los domésticos, se habían divertido con las pesadillas de Adela. Por lo demás, las criadas, no queriendo quedarse solas, habían dejado abiertas las puertas de sus cuartos, y habiendo jugado al aparecido un cochero bromista, se oyeron gritos y risas hasta el amanecer en todo el largo corredor. Lisa mordiéndose los labios, aseguraba que le quedaría memoria de aquella noche de broma y de jaleo.

Pero la desentonada voz de Hipólito, llamó su atención hacia las colgaduras.

—¡Borrachón! gritaba perdiendo su dignidad, no ve V. que está colocando ese paño al revés.

En efecto, el operario iba á colgar del revés el paño donde estaba el escudo con las cifras del difunto. Los demás paños negros galoneados de plata estaban ya en su sitio, y no faltaban más que ligeros detalles cuando se presentó un carretero de mano cargado de muebles. Un chico le empujaba, y una joven pálida le seguía echando una mano. M. Gourd que conversaba con su amigo el papelista de enfrente corrió hacia ellos, y á pesar de la solemnidad de su luto:

—¿Adónde van ustedes? gritó... Tú, imbecil, no ves lo que está sucediendo.

La joven intervino:

—Soy la nueva inquilina, dijo, y traigo mis muebles.

—Ahora es imposible entrar... vuelva V. mañana, exclamó el portero.

Ella le miró, y después no sin asombro, observó las negras colgaduras. Pero se repuso, y explicó que no podía dejar sus muebles en medio de la calle. Entonces M. Gourd se desahogó insultándola.

—Por lo visto, dijo, es V. la ribeteadora... la que ha alquilado el cuarto de arriba... Una manía del casero. Y todo por cobrar

ciento treinta francos, sin recordar lo que nos fastidió el carpintero. Sin embargo, me ofreció no alquilar á ningún operario... pero volvemos á las andadas, y lo que es peor aún con una mujer.

Acordóse de que M. Vabre había muerto:

—Si señora, añadió, mire V. lo que quiere, el dueño de la casa es quien se ha muerto, y si las hubiera liado ocho días antes, seguramente no estaría V. aquí... Vamos ande V. aprisa antes que bajen el ataúd.

Y en su exasperación empujó él mismo el carretón á través de las colgaduras, desapareciendo los muebles, y su dueña bajó los paños que volvieron á cerrar la puerta de la calle.

—A tiempo llega esa, dijo Lisa. Debe ser divertido mudarse á una casa en la que hay un entierro. Lo que es yo en su lugar, le digo una fresca al bruto del portero.

Pero se calló al ver reaparecer á M. Gourd que era el terror de los domésticos. El mal humor de éste, nacía, según las murmuraciones, de que la casa iba á ser adjudicada á Teófilo y á su esposa. Por su parte habria hecho el sacrificio de dar cien francos de su bolsillo porque fuera su amo M. Duveyrier, que al menos era un magistrado. En este sentido hablaba con el papelista.

La gente empezó á salir. Mad. Juzeur pasó dirigiendo una sonrisa á Octavio que estaba con Troublot en la acera. Después se presentó Maria, y se quedó para ver cómo ponían la cama en donde había de colocar el ataúd.

—Los del segundo son chocantes, decía M. Gourd mirando á los cerrados balcones de aquel piso. Parece que se esmeran en hacer lo contrario que los demás... Hace tres días que emprendieron un viaje.

En aquel momento se ocultó Lisa detrás de la viuda, porque vió á Gasparina que llevaba una corona de violetas, atención del arquitecto que deseaba conservar buenas relaciones con los Duveyrier.

—¡Hola! exclamó el papelista, parece que quiere hacer méritos la otra Mad. Campardon.

La llamaba así, inocentemente, del mismo modo que los demás tenderos del barrio. Lisa contuvo una carcajada. En esto supieron las criadas que ya habían bajado el cadáver, y lamentándose de haber perdido el tiempo en la calle contemplando las colgaduras, entraron en seguida en el portal y vieron que entre cuatro hombres le llevaban hacia la puerta.

—Se ha ido sin cobrar los recibos de este mes, murmuró Lisa, expresando en broma

la aversión que inspiran los caseros á las hijas de París.

Mad. Gourd, que había permanecido en su butaca se levantó trabajosamente. Ya que no podía ir á la iglesia, le había recomendado su marido que se asomase á despedir al difunto. Y le acompañó hasta la puerta, con su cofia de cintas negras.

En San Roque, durante la ceremonia, el doctor Juillerat no quiso entrar en el templo. Había mucha gente dentro y se formó un grupo de hombres en el atrio. Hacía un hermoso día de Junio, y como no podían fumar se pusieron á hablar de política. La puerta principal de la iglesia estaba abierta, y de cuando en cuando llegaban los acordes del órgano.

—Ya saben ustedes que en las próximas elecciones se presenta candidato por nuestra circunscripción M. Thiers, dijo con aire grave León Josserand.

—¡Ah! objetó el doctor. Supongo que usted, un republicano, no votará en su favor.

—¿Y por qué no? Es adversario declarado del Imperio.

Con este motivo se suscitó una viva discusión. León hablaba de táctica, el doctor Juillerat evocaba la cuestión de principios. En concepto del último la clase media ha-

bia terminado su misión: no era ya más que un obstáculo en el camino de la revolución. Desde que había medrado se oponía al porvenir, con más obstinación y ceguera que la antigua nobleza.

—Ustedes tienen miedo de todo, y cuando se creen amenazados se lanzan á la más funesta de las reacciones.

Campardon se enfadó.

—Yo, caballero, dijo, he sido jacobino y ateo como V. Pero gracias á Dios he vuelto á la razón... y ni siquiera votaré á M. Thiers. Es un teórico, un hombre que se divierte teniendo ideas.

Sin embargo, todos los liberales presentes, M. Jossierand, Octavio y Troublot mismo, escéptico en esto, como en todo, declararon que votarían á M. Thiers. El candidato oficial era un rico chocolatero de la calle Saint-Honoré, M. Duvineck, del que hicieron gran burla. Ni siquiera contaba con el clero, al que inquietaban sus afinidades con las Tullerías, y Campardon, que se había pasado con armas y bagajes á los clericales, acogía el nombre del candidato oficial con reserva. Después, sin transición, añadió:

—Créanme ustedes, la bala que ha herido á Garibaldi en el pié, debía haberle atravesado el corazón.

Y para que no le vieran más tiempo al lado de aquellos libre pensadores entró en la iglesia, donde la voz del cura Manduit respondía á las lamentaciones de los cantores del coro.

—Comulga ahora con esos, murmuró el doctor, haciendo un gesto de desprecio. Hace falta un buen barrido.

Los asuntos de Roma le apasionaban; mas cuando León recordó la frase del ministro de Estado diciendo ante el Senado que, en efecto, el Imperio había salido de la revolución, pero para contenerla, volvieron á hablar de las próximas elecciones. Todos estaban de acuerdo en la necesidad de dar una lección al Emperador; pero experimentaban ciertas inquietudes, los nombres de los candidatos los dividían, cerca de ellos, M. Gourd, vestido con la corrección de un diplomático los escuchaba, aparentando el mayor desdén: él estaba por el principio de autoridad.

La ceremonia terminaba, y un gran grito melancólico, que salía de las profundidades de la iglesia les hizo callar.

—*Requiescat in pace!*

—*¡Amén!*

¡En el cementerio del *Père-Lachaise*, mientras que descendían el cadáver, Trou-

blot, que iba del brazo de Octavio, le vió cambiar una nueva sonrisa con Mad. Juzeur!

—¡Oh! murmuró, la mujer desgraciada... ¡Todo lo que V. quiera, menos eso!

Octavio se estremeció. ¡Cómo! ¿También Troublot? Este último hizo un gesto de desprecio: no, él no, uno de sus camaradas, y además todos los que se contentaban con gastar la pólvora en salvas.

—Dispense V., añadió; puesto que ya está enterrado el viejo, voy á dar cuenta á Duveyrier de un encargo que me ha hecho.

La familia se retiraba silenciosa y doliente. Entónces Troublot detuvo al magistrado para indicarle que había visto á la criada de Clarisa, pero que no sabía sus señas, porque la fámula la había dejado la vispera de la mudanza, después de haberla dado de cachetes. Su última esperanza se desvanecía. Duveyrier ocultó el rostro con su pañuelo y se reunió á la familia.

Por la noche comenzó la guerra. La familia se hallaba en presencia de un desastre. M. Vabre, con esa indiferencia peculiar de los notarios no había hecho testamento. En vano registraron todos los muebles, y lo peor era que no había ni un solo céntimo de los seiscientos ó setecientos mil francos

esperados, ni dinero, ni títulos, ni acciones: lo único que hallaron fué setecientos treinta y cuatro francos en piezas de 50 céntimos, un capricho de viejo. En cambio, en una cartera y por la lectura de cartas y notas de agentes de cambio, supieron los herederos, llenos de cólera, el vicio secreto del difunto, una pasión desenfadada por el juego de Bolsa, que ocultaba con su famosa estadística. Todo se fué de sus manos, sus ahorros de Versalles, los alquileres de la casa, hasta lo que sacaba á sus hijos, y lo que era peor, había gravado la casa con tres hipotecas, que importaban ciento cincuenta mil francos. La familia permaneció aterrada ante la famosa caja de hierro, en la que creyó hallar una fortuna, sin encontrar más que una porción de objetos singulares, hallados en el suelo por la casa, pedazos de hierro viejo, cintos y pedazos de juguetes, robados á Gustavo.

Al convencerse de la triste verdad estallaron las recriminaciones. Le pusieron de pillo y de ladrón, que no había por donde cogerle. Era una indignidad malrochar de aquel modo el dinero, sin cuidarse de nada ni de nadie, y representando una infame comedia para hacerse mimar. Los Duveyrier se mostraban inconsolables de haberle

mantenido durante doce años, sin haberle reclamado una sola vez los ochenta mil francos del dote de Clotilde, del que sólo habían percibido diez mil. De todos modos eran diez mil francos, respondía con violencia Teófilo, que aún no había visto un céntimo de los cincuenta mil que le había prometido al contraer matrimonio. Pero Augusto á su vez se quejaba más amargamente, echando en cara á su hermano que al menos había recibido los intereses de aquel capital durante tres años, al paso que él ni capital ni intereses había visto, á pesar de haberle ofrecido, por medio de contrato, otros cincuenta mil francos. Berta, amaestrada por su madre, pronunciaba frases ásperas, mostrándose indignada por haber ingresado en una familia como aquella; y Valeria se lamentaba de haber pagado al viejo, durante algún tiempo los alquileres del cuarto, por miedo á que los desheredase, y calificaba de inmoral aquel dinero empleado en favorecer los extravíos de M. Vabre.

Durante quince días todas estas historias apasionaron á los vecinos de la casa. Por último no quedaba más que el inmueble, tasado en trescientos mil francos, que se quedaban en la mitad después de canceladas las hipotecas: ó lo que es lo mismo, sólo to-

caban á cada uno de los tres herederos cincuenta mil, misero consuelo, con el que, sin embargo, debían conformarse. Conviniéron en vender la casa, y Duveyrier se encargó de dar los pasos en nombre de su mujer. Por de pronto logró convencer á sus hermanos de que no debían acudir á la subasta judicial, manifestándoles que era mejor hacerla ante su notario M. Renaudin, un hombre de cuya probidad respondía. Después les inspiró la idea por conducto del mismo notario, según les dijo, de poner la casa á bajo precio, en ciento cuarenta mil francos nada más. Esto era muy conveniente porque acudirían los golosos, pujarían, y llegaría la venta á un precio fabuloso. Teófilo y Augusto aceptaron, celebrando de antemano lo peregrino de la idea. Pero el día de la subasta M. Renaudin, después de cinco ó seis pujas, adjudicó bruscamente la casa á M. Duveyrier en la suma de ciento cuarenta y nueve mil francos. No había ni lo preciso para pagar las hipotecas. Este fué el último golpe.

Jamás pudo saberse la terrible escena que pasó aquella noche en casa de los Duveyrier. Las severas paredes de la casa ahogaron las exclamaciones de indignación. Teófilo trató á su cuñado de vil y miserable:

públicamente le acusaba de haber sobornado al notario, prometiéndole que le nombrarían juez de paz. Augusto hablaba pura y simplemente de llevar ante los tribunales á Renaudin, cuyas picardias conocía todo el barrio. Pero si se ignoró siempre, cómo los miembros de aquella respetable familia llegaron á darse de bofetones, según de público se decía, por lo menos se oyeron las últimas frases que cambiaron en el dintel de la puerta, frases que se compaginaban mal con la severidad burguesa de la escalera.

—¡Puerco! ¡Canalla! gritaba Augusto. Envas á presidio gentes que no han hecho ni la mitad que tú.

Teófilo, que salió el último, ahogándose en un acceso de tos:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! decía. Sí, ladrón... y tú, ladrona, ¿lo oyes? ladrona.

Y cerró la puerta con tal violencia, que todas las de la escalera se estremecieron. M. Gourd, que escuchaba, se alarmó. Con rapidez miró á todas partes, por el hueco de la escalera, y sólo descubrió el fino perfil de Mad. Juzeur. Acto continuo entró de puntillas en la portería y allí recuperó su aire digno. Por su parte, lleno de satisfacción, se ponía de parte del nuevo casero.

Algunos días después hubo un arreglo en-

tre Augusto y su hermana. Los vecinos de la casa se sorprendieron. Habían visto á Octavio entrar en casa de los Duveyrier. El magistrado, algo inquieto, se había decidido á perdonar el alquiler de la tienda, durante cinco años, para cerrar la boca al menos á uno de los herederos. Cuando Teófilo lo supo, bajó con su mujer á armar un nuevo escándalo á su hermano. Se vendía, pasándose al partido de los canallas. Pero madame Jossierand estaba presente, y no se mordió los labios. Por de pronto aconsejó á Valeria que no se vendiese por menos precio que su hija, y la pobre mujer tuvo que batirse en retirada, diciendo:

—Quiere decir que nosotros vamos á ser los únicos que se queden en ayunas. Que me emplumen si pago el alquiler de mi cuarto. Tengo un contrato... veremos si ese presidiario se atreve á echarnos. Y en cuanto á tí, mi señora Berta, ya veremos cuánto se necesita para comprarte.

Las puertas se golpearon de nuevo, estableciéndose un odio mortal entre los dos matrimonios. Octavio, que les había prestado algunos servicios, ganaba por instantes la intimidad de la familia. Durante la escena anterior Berta se desmayó en sus brazos, mientras que Augusto fué á indagar si los

parroquianos que estaban en la tienda se habían enterado. La misma Mad. Jossierand trataba con la mayor confianza al joven. Por lo demás se mostraba severa con los Duveyrier.

—Tener la tienda gratis es algo, dijo: pero yo quiero los cincuenta mil francos.

—Ciertamente, si tú entregas los tuyos, contestó Berta.

Su madre, pareció no comprender la indirecta.

—Los quiero, añadió: ¿lo oyes? Por cierto que debe reirse bien á sus anchas debajo de tierra el tuno de M. Vabre. Pero no le dejaré vanagloriarse de haberme jugado una mala pasada. ¿Es posible que haya en el mundo gente tan canalla? ¡Prometer un dinero que no se tiene! ¡Oh! yo te aseguro, hija mía, que te darán esos miles de francos. ¡De lo contrario, soy capaz de ir á desenterrar al viejo, sólo por tener el gusto de escupirle en la cara!

III.

Una mañana, hallándose Berta en casa de su madre, se presentó Adela muy asustada, anunciando que el señorito Saturnin^o estaba con un hombre á la puerta.

El doctor Chassagne, director del asilo de los Moulineaux, había advertido distintas veces á los padres del joven que no podía tenerle, porque no estaba en él bastante caracterizada la locura; pero un día, al saber que Berta había arrancado una firma á su hermano para sacarle los tres mil francos, temeroso de verse comprometido, resolvió enviarle con su familia.

Su llegada causó espanto. Mad. Jossierand que temía que su hijo la estrangulase quiso hablar con el hombre que le acompañaba. Éste declaró sencillamente.

—El director me ha encargado que diga